

LOS JÓVENES DEL SIGLO XXI, ¿PARA QUÉ TRABAJAN?

*Los sentidos del trabajo en la vida de jóvenes
de sectores urbano-populares de la ciudad de México*

MARÍA IRENE GUERRA RAMÍREZ

Resumen:

Se presenta un análisis de los sentidos que los jóvenes atribuyen a su actuación en el mercado laboral durante sus trayectorias de inserción y en el marco más general de su proyecto de vida. La metodología se basa en un enfoque cualitativo y biográfico que recoge, a través de entrevistas narrativas autobiográficas, relatos de vida de jóvenes donde el eje es su experiencia en diferentes campos de acción. Son jóvenes que residen en sectores urbano-populares de la ciudad de México y que alcanzaron un nivel mínimo de educación media básica. Se distinguen cuatro grandes dimensiones de sentido que, a su vez, asumen modalidades particulares, el trabajo: como un medio para conseguir un fin, como norma o tradición, como valor en sí mismo, así como el trabajo y los vínculos afectivos.

Abstract:

An analysis is presented of the meanings young people attach to their participation in the labor market at the entry level, and within the broader framework of their life project. The methodology is based on a qualitative and biographical focus that collects, through autobiographical narratives, the life stories of young people that revolve around their experiences in various fields of action. These young people live in low-class urban sectors of Mexico City, and have completed the minimum level of basic secondary education. Four major dimensions of the meaning of work are distinguished, each with particular characteristics: work as a means to an end, work as a norm or tradition, work as a value in itself, and work in terms of emotional links.

Palabras clave: jóvenes, empleo, trayectoria escolar y laboral, formación profesional, sentido del trabajo, México.

Key words: young people, employment, scholastic and labor trajectory, professional education, meaning of work, Mexico.

Irene Guerra es profesora del Centro de Estudios Tecnológicos, Industrial y de Servicios núm. 37 (Secretaría de Educación Pública-Dirección General de Educación Tecnológica Industrial). Lázaro Cárdenas s/n col. Benito Juárez, Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, CP 57000. CE: temixoch@tutopia.com

¿Y los jóvenes? Una integración social cada vez más difícil

Las transformaciones que se han dado globalmente en los terrenos económico, productivo, cultural y de la organización del trabajo han suscitado serios problemas para la inserción y participación de los jóvenes en la sociedad actual. Antes se consideraba que la entrada al mundo del empleo estaba precedida por la salida del sistema escolar, ahora constituye un proceso que tiende a alargarse, cada vez es más complejo y está amenazado por los signos de precariedad, inestabilidad e inseguridad que privan en el mercado de trabajo (Rivero, 1999; Beck, 1997; García, 1998; Touraine *et al.*, 1988; Touraine, 1997).

En América Latina, los jóvenes y las mujeres son quienes sufren los mayores efectos del desempleo: paradójicamente hoy cuentan con más años de escolaridad que las generaciones precedentes, pero tienen más dificultades para insertarse y permanecer en el mercado de trabajo y presentan, en todos los países, tasas superiores de desempleo a las del conjunto de la población económicamente activa (Rivero, 1999:33). En cuanto a los patrones de inserción de los jóvenes al trabajo, varios autores coinciden en que se han modificado por efecto de dos situaciones: la *intermitencia*, expresada en la entrada y salida frecuente de distintos trabajos (Madeira *s/ f*, cit. en Llomovatte, 1991:79; De Ibarrola, 1998:1-2), y la *precariedad* de sus inserciones laborales:

Sus trayectorias de inserción laboral suelen combinar etapas de desempleo, subempleo, inactividad, contratos temporarios, y/o autoempleo, muchas veces a niveles de sobrevivencia. Los jóvenes suelen acceder a empleos inestables, sin protección laboral y con bajos salarios aún cuando se inserten en el sector formal de la economía (Jacinto, 2004:3).

Evidentemente, la situación antes descrita genera efectos significativos en las trayectorias laborales, que cada vez se tornan más prolongadas y “caóticas”.

Por otra parte, en lo que concierne a la construcción de la identidad, las esferas del trabajo y de las profesiones, así como el conjunto de representaciones sociales ligadas con ellas han significado, principalmente durante la segunda mitad del siglo XX, un cimientó sustancial en dicha construcción. Según algunos autores, la representación de uno mismo como “trabajador” y además como “trabajador de un sector y tipo específico”,

supone una centralidad muy fuerte en comparación con las identificaciones sociales basadas en otros referentes como la comunidad, grupo étnico, la religión, la política o la edad (Longo, 2003).

Otros autores, por el contrario, plantean que como efecto de la transformación de la sociedad salarial y del pasaje de una sociedad “de productores” a una “de consumidores” (Barman, 1999), se está generando una descentración de la cultura del trabajo en los procesos de construcción de las identidades sociales juveniles (Pérez y Urteaga, 2001; Suárez, 2002 cit. en Jacinto, 2004). Sin embargo, también hay estudios donde se advierte que jóvenes universitarios mexicanos otorgan diversos significados al trabajo, mismos que se extienden a distintos “ámbitos de sentido”, más allá de la necesidad, la sobrevivencia o del consumo (Guzmán, 2004); y otros que dan cuenta de las representaciones éticas del trabajo entre jóvenes argentinos, que están lejos de quedar reducidas a una ética instrumental (Cogliati *et al.*, 2000).

En suma, el conjunto de transformaciones que, en las últimas décadas, ha sufrido la institución social del trabajo y sus implicaciones en términos de integración y exclusión social, así como por su importancia en cuanto a los procesos de construcción de la identidad, nos convoca a interrogarnos sobre el lugar que actualmente ocupa el trabajo en la vida de los jóvenes y su papel en los procesos de entrada a la vida adulta y productiva.

La “presencialidad” del trabajo en la vida de los jóvenes de sectores urbano populares

Un rasgo relevante del grupo de jóvenes que constituyen los sujetos de esta investigación es que, en su mayoría, hombres y mujeres, presentan trayectorias laborales largas, lo que permite apreciar la “presencialidad” que cobra el trabajo a lo largo de sus vidas. Expresiones como la de “yo empecé a trabajar como a los nueve, diez años y hasta la fecha sigo trabajando” o la de “nunca, nunca he dejado de trabajar, tal vez trabajos tontos, trabajos que realmente no valen la pena, pero siempre he trabajado en mi vida”, dan cuenta de la importancia que cobra este ámbito en la vida social de estos jóvenes desde etapas tempranas y que continúa como un nexo inestable, precario e intermitente a lo largo de otras etapas de su vida.

Retomando la anterior constatación que ve al mundo del trabajo como un campo de acción privilegiado de estos jóvenes, en el presente estudio me propongo observar las distintas lógicas que rigen la relación de los

jóvenes con el mundo laboral a lo largo de sus trayectorias de inserción, y el uso estratégico que ellos hacen de esta actividad para su realización en otros mundos de experiencia y en la construcción de proyectos personales, familiares y profesionales. En consecuencia, si el empleo constituye un aspecto central en su vida social, ¿cuál es el sentido que otorgan a su actividad laboral? Este sentido ¿permanece inmutable o se transforma a lo largo de las diferentes etapas y situaciones de vida del sujeto?, ¿de qué manera el sentido de su actuación en el ámbito laboral se articula con otros como la familia, la escuela y los pares o impacta su relación con otros mundos de experiencia? Tales son las interrogantes a las que trataré de dar respuesta en el presente artículo.

Acercamiento teórico y metodológico

El trabajo que aquí se presenta forma parte de una investigación más amplia,¹ centrada en el análisis de dos grandes aspectos: por un lado, el de las trayectorias laborales y formativas de jóvenes de sectores urbano-populares de la ciudad de México y, por otro, el de los sentidos que ellos atribuyen a su actuación en el mercado laboral a lo largo de sus trayectorias de inserción y en el marco más general de su proyecto de vida. Este segundo aspecto es del que nos ocuparemos en el presente artículo.

Compartimos la concepción de realidad social que priva en las posturas teóricas que buscan establecer apropiadamente el vínculo entre acciones e instituciones, entre agencia y estructura. Éstas suponen la existencia de un entramado de relaciones sociales donde la constitución de agentes y estructuras se da de manera conjunta e interactiva (Weber, 1922; Schütz, 1932; Berger y Luckmann, 1968; Berger, Berger y Kellner, 1979; Giddens, 1984; Giddens, 1991). En particular, en las investigaciones sociológicas que apuntan al estudio del sujeto como actor social, el foco está puesto en los individuos que “utilizan propiedades estructurales en la constitución de unas relaciones sociales”; a diferencia de los análisis institucionales, donde las propiedades estructurales se observan “como caracteres de sistemas sociales que se reproducen inveteradamente” (Giddens, 1984:313-314).

Esta perspectiva concibe al actor social como agente intencional dotado de reflexividad, cuyas actividades obedecen a razones, al mismo tiempo que es capaz de abundar en ellas cuando es interrogado sobre las motivaciones o la racionalidad de su acción. Lo anterior no significa plantear una visión omnisciente o voluntarista del actor, debido a que algunas de las

condiciones de su acción son inadvertidas y muchas de sus consecuencias son no intencionadas o previstas; además de que constituyen un producto histórico, siempre ligado a los *habitus* como “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles” (Bourdieu, 1991:92) que definen unas prácticas posibles dentro de márgenes culturales.

En lo que respecta al mundo laboral, se pueden identificar al menos tres niveles o ámbitos de la agencia que atañen directamente a la actuación de los sujetos en el mercado de trabajo y que, a la vez, apuntan a la reconciliación analítica entre los conceptos de actor “económico” y “social”: *el trabajo en la vida, la vida en el trabajo y el trabajo en el tiempo* (Contreras, 2000:52-63). En el presente análisis serán objeto de especial atención dos de estos ámbitos, que nos proporcionan un marco teórico adecuado para comprender las lógicas de actuación en el mundo laboral de los sujetos estudiados: el que tiene que ver con *el trabajo y la vida*, y el que se refiere a la relación entre *el trabajo y el tiempo*.

En cuanto al primero, los análisis de la modernidad han planteado que uno de los cambios más importantes en la esfera de las instituciones ha sido la segregación del trabajo con respecto a la vida privada, lo cual, desde la tradición fenomenológica, tiene importantes implicaciones a nivel de la conciencia, al establecer una frontera bien definida tanto en la práctica como en la subjetividad de los actores. A su vez, y como consecuencia de esta discontinuidad, es posible operar una *separabilidad de los medios y los fines* de la acción (Berger, Berger y Kellner 1979:31-32; Gleizer, 1997). Asimismo, y en vista de que los diferentes segmentos de la identidad definen roles específicos, este rasgo de *componencialidad* tendrá implicaciones en la manera en que el individuo define y experimenta su propia identidad (Berger, Berger y Kellner 1979:37).

Para el presente análisis es fundamental relevar esta doble cualidad del trabajo en el contexto vital más general de los sujetos: por un lado, la actividad laboral puede ser segmentada respecto de otras esferas de la vida; y, por otro, ocupa un lugar preponderante en la definición de las estrategias vitales del sujeto. Lo anterior significa que, al mismo tiempo que el trabajo constituye uno entre otros papeles sociales entrelazados en función de los cuales los individuos se definen a sí mismos y son definidos por los demás, el ingreso que de él deriva permite, inhibe o condiciona el cumplimiento de otros papeles sociales en diferentes espacios de la vida social y privada.

En lo que toca al segundo ámbito de la agencia considerado aquí, “*el trabajo en el tiempo*”, éste refiere al efecto del flujo temporal sobre la articulación entre el empleo y la vida. En este ámbito, se destaca que las estrategias de los actores, sus iniciativas y decisiones tienen una incidencia determinante en las estructuras ocupacionales y en la dinámica de los mercados de trabajo (Bertaux y Kohli, 1984; Bertaux, 1997; Bertaux y Dex 1991, cit. en Contreras, 2000). En lo general, nos dicen García y De Oliveira (1994:24), se trata de “una concepción en la cual los sujetos sociales enfrentan campos de opciones ciertamente restringidos, pero también factibles de ser transformados por sus acciones concretas”. Bajo estos enfoques, las secuencias de acción a lo largo del tiempo se estructuran en forma de estrategias que definen las perspectivas de actuación de los sujetos en el mercado de trabajo, y en este plano temporal es donde los actores construyen el sentido de su actividad laboral en el contexto más amplio de su proyecto vital.

A partir de las consideraciones anteriores, el interés de este artículo está en aportar una mirada acerca de cómo un grupo de jóvenes, hombres y mujeres, plantean diferentes lógicas de acción en el mundo del trabajo y orientaciones distintas hacia el mismo, en función de las articulaciones particulares que construyen entre este ámbito y el resto de sus campos de acción a lo largo del tiempo, y de cómo éstas tienen implicaciones no sólo en su situación presente, sino también para su trayectoria de vida futura.

La metodología se basa en un enfoque cualitativo y biográfico que recoge, a través de entrevistas narrativas autobiográficas (Riemann y Schütze, 1991), relatos de vida de jóvenes en los que el eje de la narración es su experiencia de vida en diferentes campos de acción (familia, escuela, trabajo, pares). Dado que se trata de un relato de vida *ex tempore*, el análisis de las trayectorias comprende desde etapas tempranas de la niñez hasta la edad en que los jóvenes fueron entrevistados, que puede corresponder a las fases de la juventud o de adultez.

Se trata de una selección de 18 jóvenes (10 hombres y 8 mujeres), cuyas edades van de 19 a 25 años,² 11 solteros y 7 casados, residentes de sectores urbano-populares de la ciudad de México, que alcanzaron un nivel mínimo de educación medio básico en su modalidad tecnológica y pertenecen a familias cuyos ingresos económicos van de tres a cinco salarios mínimos. En términos ocupacionales, sus padres se desempeñan como

obreros de la construcción, panaderos, carpinteros, mecánicos, comerciantes, así como choferes de taxis, combis o microbuses; y algunos más, ocupan puestos como empleados de oficinas públicas (intendencia, oficinistas, telefonistas, secretarias, etcétera). Por otra parte, sus madres han trabajado principalmente como empleadas domésticas, costureras, obreras y en el comercio informal. La escolaridad de sus padres se concentra principalmente en la primaria completa, aunque hay excepciones donde uno de ellos alcanzó niveles educativos como técnicos medios y hay casos excepcionales de hermanos que alcanzaron estudios superiores; no obstante, se encuentran también casos de padres con primaria incompleta y de madres que no saben leer ni escribir.

En términos generales, sus *trayectorias educativas* presentan dos fenómenos: la combinación de trabajo/estudio y la fragmentación; esto es, no tienen una secuencia lineal como ocurre entre otros grupos de jóvenes de estratos socioeconómicos más altos.

En sus *trayectorias laborales* se observa una entrada temprana al mundo del trabajo y combinaciones de estados de actividad y de formación caracterizados por la inestabilidad y la indeterminación. Predomina el signo de la precariedad expresada, principalmente, en empleos mal pagados, experiencias de maltrato y discriminación y con escasas posibilidades de estabilidad, movilidad y ascenso; esta situación sólo llega a modificarse cualitativamente al completar la educación media superior. La importancia otorgada al diploma queda relativizada por efecto de otros factores, entre los cuales va cobrando más fuerza el capital social acumulado a lo largo de la experiencia laboral.³

Los sentidos del trabajo

En su mayoría, los jóvenes entrevistados, dieron cuenta de haber tenido diversas experiencias en el empleo. Al examinar las razones por las que habían o estaban trabajando, sus reflexiones sobre los motivos y expectativas que guiaron su ingreso al mundo laboral y su permanencia en él, así como el papel que asumía su actividad a lo largo del tiempo y en el marco de sus distintos proyectos, resultó evidente que sus perspectivas diferían considerablemente; además se observaron configuraciones particulares de diversos sentidos otorgados a su actividad laboral.

Estas observaciones pueden ilustrarse con algunos fragmentos del caso de Enrique,⁴ joven de 25 años de edad, egresado de un bachillerato tecno-

lógico en contabilidad, que actualmente continúa con estudios superiores, en la misma carrera, en una universidad tecnológica (ver esquema 1). Enrique comenzó a trabajar entre los nueve y diez años; su entrada temprana al trabajo estuvo marcada por la necesidad de generar ingresos para la sobrevivencia familiar ante el abandono del padre, que era alcohólico:

Hubo algo muy importante en mi vida, que a mediados de la primaria yo empecé a trabajar [...] ¿qué será...? como a los nueve, diez años... (45-47). Para poder seguir estudiando tuve que irme como ayudante de albañil... (56-57) Ahí empecé [...] a valorar todo lo que es el tener capital o lo que es tener un material necesario para sobresalir en la vida y en el estudio más que nada... (72-74).

En su época de secundaria su vida da un vuelco:

Ya entrando al nivel secundaria [...] ahí empecé a agarrar vicios (80-84) [...] empecé a la edad de los trece años a fumar (90) [y luego] como estaba trabajando yo en la mañana [...], y en la tarde estaba estudiando, se me dificultaba mucho el estar estudiando (103-105).

Los ingresos que obtenía los utilizaba en gastos personales, si bien el estudio seguía siendo una prioridad para él:

El interés, el querer tener capital en mi bolsa, ese fue lo que... [...] todo lo utilizaba en mí mismo (656, 666) [pero] ¡la escuela es lo que más me presionaba!, ya después ahí salió de mi ropa, de querer comprar ropa, querer comprar equis cosa y que comprar el vicio ¡y todo eso...! pero lo que más inducía todo eso era la escuela (672, 674).

El bachillerato significa para Enrique una etapa de cambio en dos sentidos: el vuelco definitivo a un estilo de vida juvenil, entre los 15 y los 16 años, y un matrimonio a los 19 años. Con el casamiento abandona definitivamente la escuela y se dedica a trabajar, pues su nueva obligación lo mueve a diversificar sus fuentes de ingreso:

Entonces yo seguía trabajando en esos pequeños servicios que yo tenía antes, de yesero, de albañil, de panadero [...]era panadero cuando yo me casé... me acuerdo que todavía yo sacaba ¡creo unos 20 pesos diarios! (175-178).

Pronto vino la separación, lo que Enrique interpreta como *el primer fracaso* en su vida, causada por inmadurez y por la falta de una base material sólida:

Necesitas tú primero madurar y saber y tener algo para poder realizar tu vida porque [...] en estos años nada es fácil, mantener una familia, con veinte, cincuenta pesos ya [...] es difícil, es difícil, y mucho menos tener pocos estudios ¿no?... (293-296) Yo sentí, el primer fracaso de mi vida (212).

Después de la separación, piensa que ya ha perdido todo y se tira definitivamente al vicio. Sin embargo, nunca abandonó el trabajo: “¡Que ahora sí con vicios o sin vicios yo seguía trabajando!, [...] borracho, no borracho [...] siempre he tenido yo la responsabilidad ¿no? (249-252). Tiempo después, la decisión de volver a estudiar el bachillerato significará para él darse una segunda oportunidad en la vida:

Pensé que era el fin de mi vida, pero después recapacité (248). Después pensé que me tenía que ubicar en lo mío ¿no?, o sea, a mí ya no me gustaba el trabajo, quizás estoy hablando como a los 19, 20 años no me gustaba a mí el trabajo ya... ¡pesado!, [...] sentí que si no me gustaba el trabajo pesado, tenía que... ¡que estudiar! [...] entonces me volví a dar, nuevamente, la oportunidad... (256-261) Yo mismo tenía que sacar mi material y todo eso, entonces [...] los tres años de mi bachillerato trabajé... (267-268).

Enrique concluyó el bachillerato e hizo varios intentos, sin éxito, para seguir en la universidad. Más tarde, presentó un cuarto examen de admisión, esta vez a la universidad tecnológica, y lo aprobó. Para mantener su carrera continuó con su trabajo de mesero, al tiempo que se lanzaba a la búsqueda de un empleo relacionado con su profesión técnica:

Y ya estando de mesero [...] fui a buscar otro trabajo (1538-1540) Pues yo fui por toda la ciudad de México [risa desesperada] a buscar de auxiliar contable... que está en Miramontes [...], ahorita ya, ¡hasta allá!, estoy trabajando (1193-1195).

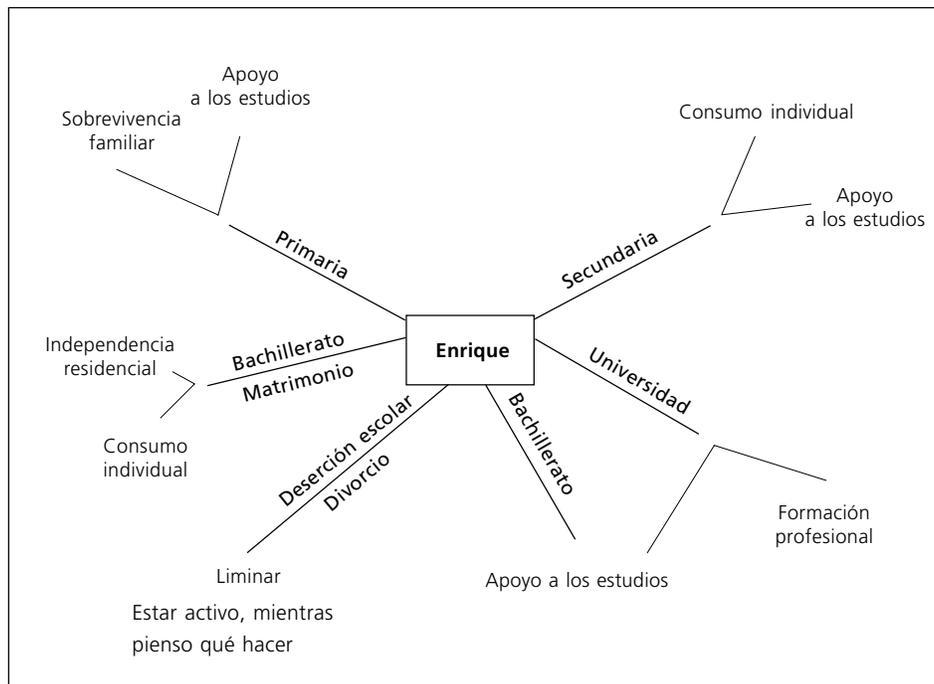
La perspectiva que ahora tiene en este trabajo es formarse en su profesión, adquirir práctica y experiencia para en un futuro tener mayores posibili-

dades de conseguir un empleo estable, relacionado con lo que a él le gusta, con lo que estudió:

A mí lo que me interesa es tener práctica [...] ya teniendo práctica en el ramo, en el área, ahora sí ya puedo, [...] ya cualquier despacho que yo vea... sé esto, esto, y esto, y ya tengo práctica, esto es lo que me recomienda ¡y ya!, es lo que me interesa –pero para tener práctica no dan muchas oportunidades ¿eh?... y yo lo vi– (1642-1649) [y más adelante] tener un empleo [...] ya de base, pero donde yo quiero, donde a mí me gusta, en la rama de contabilidad... (1682-1684).

ESQUEMA 1

El caso de Enrique



A partir de mis casos construí una tipología básica, cuyo eje articulador es la relación entre el sentido que los jóvenes otorgan al trabajo y la orientación principal de su actividad. De este modo, pude distinguir nueve categorías-tipo que corresponden a formas distintas en que los jóvenes se

relacionan con el trabajo a lo largo del tiempo y en el marco más amplio de sus proyectos de vida.

Por cuestiones de espacio, desarrollaré en forma breve cada categoría y abundaré en las que son menos conocidas, sin que el espacio que dedique a cada una tenga que ver con la asignación de jerarquía alguna. Al presentarlas por separado, no significa que su actuación en el mercado laboral a lo largo del curso de vida esté exclusivamente guiada por uno u otro de estos *tipos*, sino más bien que aquella se compone de una mezcla o de una articulación compleja.⁵

El trabajo para la sobrevivencia familiar

El caso que ilustra esta categoría es el de Verónica, huérfana de padre a los 8 años y abandonada por su madre, queda al cuidado de su abuelo materno, situación que la obliga a trabajar:

[Mi primer trabajo fue] en un puesto de tacos, [...] le ayudaba a una señora... ¡no es cierto!, enfrente de mi casa había una tortillería y le ayudaba [...] iba en la primaria, tenía como 8 o 9 años... [...] ¡Así me fogueó la vida! [...] Estaban enfrente de mi casa y primero empezó como “si quieres, te echo una mano”, y como yo quería dinero, porque a mí no me daban ni para mi escuela, ni nada... cumplían con mandarte a la escuela ¡y ya! [...] Es que en mi casa como éramos muchos, con que nos dieran de comer ya era mucha ganancia, entonces uno mismo como que te limitabas a pedir ¿no? [...] [Los ingresos los destinaba] a la escuela, [...] y según yo para mis útiles y una parte le daba a mi abuelito (Verónica, 27 años: 448-482, 545-551).

A menudo, los jóvenes en distintas etapas de sus vidas, recurren a la actividad laboral para ayudar a la familia y contribuir al gasto familiar, y éste es el sentido que adquiere su trabajo. La falta de recursos generada por el recrudecimiento de las crisis económicas y el desempleo, o bien las crisis que se suscitan al interior de la organización familiar, constituyen factores que exigen a la familia poner en marcha estrategias defensivas de supervivencia que consisten básicamente en un incremento de la participación de sus miembros en alguna actividad pagada y en un reparto del trabajo remunerado y doméstico. Las redes que están implicadas en el trabajo infantil y adolescente son de tipo familiar y local refiriéndose, principalmente, a padres, parientes, vecinos y amigos. Cuando es-

tas actividades se interpretan como “ayudas”, por lo general, son excluidas por los jóvenes de la categoría “trabajo”.

Aunque como forma enmascarada de precariedad, la “flexibilidad” del trabajo –expresada en el tipo de actividades simples y rutinarias, de poca responsabilidad, en los horarios también flexibles (por unas cuantas horas, medio tiempo...) y en el hecho de poder combinar el trabajo con el estudio e incluso con el juego– supone condiciones que, hasta cierto punto despojan a la actividad laboral de su carácter de formalidad y obligatoriedad.

De este modo, a la actividad remunerada se la hace aparecer como “apoyo”, “ayuda” o “colaboración” que los jóvenes aceptan de buena manera e, incluso, llegan a valorar subjetivamente como una labor que les aporta cierto reconocimiento por parte de los miembros de su familia y los coloca en una posición mucho más favorable, no sólo en el ámbito relacional como “buenos hijos”, sino en el de su comunidad más cercana como personas útiles a la sociedad. Al mismo tiempo mejora su autoestima, al otorgarles una sensación de independencia, ya sea porque son capaces de generar ingresos por sí mismos o porque pueden afrontar sus necesidades inmediatas a partir de su propio esfuerzo, sin representar una carga para la familia (no ser “parásitos” o “hijos de papi”).

Cuando la situación económica de la familia mejora o se logra un equilibrio dentro de su organización, el trabajo de los hijos deja de ser vital. Si bien es una actividad que se valora positivamente entre las familias pertenecientes a estos estratos socioeconómicos la escuela –al menos en el ciclo básico y por la obligatoriedad social que entraña– sigue siendo vista como una prioridad.

El trabajo como medio de movilidad familiar

El “Real de Catorce”, está en Tlalnepantla, es un salón de eventos de lujo, ahí [entré] en diciembre, me acuerdo bien [...] [Un amigo me invitó], pero yo no sabía nada [...]. Hasta ahorita soy mesero de banquetes y bufets... [...] En ese tiempo le faltaban detalles a la casa... [...] Ahí metí a trabajar a mis hermanos, o sea, los puros sábados y los domingos [...] Y tan sólo en diciembre, juntamos un buen dinero entre los tres, ¡y ya hicimos bien la casa!, o sea, se construyó, compramos otro refrigerador [...] está grande el que compramos, ¡de dos puertas así!, hasta salen hielitos y todo el rollo ¿no?... porque mi mamá tenía su refrigerador

chico ¿no?, y le digo ¡*nooo pus!*... te voy a comprar uno... y de contado, ¡órale!, ¿no?... ¡Mi papá se sacó de onda! ¿no?... ¡*pus* de dónde sacan tanto dinero!, ¿no? (Ricardo, 20 años: 794-798, 807-870).

A diferencia del tipo anterior, aquí se trata de jóvenes que viven otras circunstancias de vida e involucra a madres jóvenes y jefes de hogar. El sentido otorgado al trabajo está inscrito en un plan, más definido y temporalmente acotado, relacionado con el mejoramiento de las condiciones de vida familiar en la que suele involucrarse el papel de sus diferentes miembros y, en el caso de jóvenes casados o con hijos, requiere del despliegue de arreglos familiares y el uso de redes de apoyo, sobre todo cuando se trata del trabajo femenino.

Algunos motivos que orientan el trabajo de los jóvenes son adquirir bienes de consumo, mejorar o ampliar la vivienda, e incluso otros de más largo plazo, como contribuir al sostenimiento de los estudios de hermanos o hijos, comprar un terreno o una casa propia o establecer un negocio. De tal forma, la relación con el empleo suele ser temporal y sin compromiso vinculante en tanto consiguen realizar sus planes. Comparte rasgos con la categoría anterior, en cuanto a que los jóvenes suelen sentirse orgullosos y responsables al saber que pueden contribuir a mejorar su vida familiar. Esta motivación permite dotar al trabajo de un alcance subjetivo compensatorio dado que, a diferencia del anterior, el horizonte de actuación no se agota en el estrecho margen de la sobrevivencia material de la familia.

El trabajo para el consumo individual

Ricardo, quien trabaja desde los seis años, expresa claramente la distinción de necesidades de consumo individual en diferentes situaciones y etapas de su vida, de cuando era niño y de cuando era adolescente. A la pregunta de por qué sintió la necesidad de trabajar, responde:

Pues por todo, o sea, porque me gustaba tener dinero, porque me gustaba ¡no sé!... me gustaba comprar cosas, vestirme bien [...] de chico me gustaban las golosinas, comprar carritos, ¡tenía un montón de juguetes!, y luego, en la secundaria, como jugaba básquet, no sé, un chavo tenía unos [tenis], ahí yo me compré los *naik*, los *pipe*, ¿no?... [...] yo quiero unos *jordan*, ¿no?, entonces tuve necesidad de trabajar y ahorrar (Ricardo, 20 años: 2258-2264).

La anterior constituye una de las formas de relación más recurrentes desplegada por los jóvenes entrevistados –principalmente en etapas de la niñez, adolescencia y juventud– donde su condición de hijo de familia les permite la holgura necesaria para disponer de sus ingresos de una manera más o menos libre, debido a que su salario no es la principal fuente de ingreso familiar. Esto no significa que la actuación de los jóvenes, en algunos casos, no tenga o no siga teniendo, a la vez, rasgos de la estrategia de sobrevivencia o de movilidad familiar, sólo que aquí se enfatiza la estrategia de consumo e iniciativa individual.

A partir de la adolescencia, fase de la educación secundaria, y conforme los grupos de pares van adquiriendo mayor importancia, el consumo permite a los jóvenes experimentar roles propios de su edad y responder a los imperativos sociales de relacionarse con “otros” semejantes con los que se identifican y comparten las mismas actividades y códigos culturales. Para ello, es imprescindible disponer de ingresos para el acceso a bienes de consumo, los que funcionan como mecanismos que se encargan de mediar las relaciones e interacciones con los pares o grupos afines. Cuando no se dispone de ellos, la experiencia en este ámbito relacional, que es fundamental para los jóvenes, se ve restringida: “Muchas veces nos privábamos de salir con los amigos o cualquier cosa porque no teníamos dinero” (Abel, 25 años: 45-46).

Más allá de responder a una necesidad material, el gusto de los jóvenes por el dinero es porque con él pueden acceder a bienes materiales, culturales y simbólicos que los vinculan de modo particular con los pares y los amigos de la escuela, de la banda o del barrio, y con un estilo de vida propio de “ser joven”.

La mayoría refiere haber utilizado los recursos obtenidos por su trabajo para gastos de la escuela (pasajes, alimentos, útiles escolares, ropa, copias o libros...), lo que significa que una motivación importante de su actividad laboral está centrada también en el ámbito escolar: el destino de sus ingresos es para cubrir estos gastos y los personales, que les permitan asistir, seguir estudiando y sobrevivir en la escuela con las exigencias que, en materia de consumo, ella impone. En este sentido, los recursos obtenidos por su trabajo, aunque mínimos, les permiten compensar las desventajas económicas con las que asisten a la escuela, al mismo tiempo que desplegar la gama de papeles posibles propios de ese mundo de experiencia con los que se sienten más identificados: estudiante, amigo, novia/novio, com-

pañero, líder de la banda o del grupo, y permanecer en ella como cualquier otro chico de la edad.

Otro de los rasgos que caracterizan a esta lógica de actuación en el trabajo es que, generalmente, se trata de una relación temporal, sin compromisos vinculantes, al grado de que pueden abandonar la actividad laboral en cualquier momento: una vez que hayan reunido el dinero para sus fines específicos o, simplemente, por no encontrar buen ambiente, por desagrado o por maltrato de los jefes. Asimismo, se trata de una decisión individual, de una iniciativa personal que, además de conseguir dinero, les sirve para experimentar, probarse y enfrentar sus necesidades inmediatas a partir de su propio esfuerzo. Además, llegan a valorar su trabajo como fuente de independencia personal y de autonomía.

Es importante mencionar que algunos jóvenes han significado sus experiencias laborales en etapas intermedias como experiencias relevantes, al considerar que su actividad no solamente constituía una fuente de ingresos para satisfacer sus necesidades de consumo individual inmediato, sino que con el tiempo se convirtió en una fuente de aprendizaje y satisfacción. Es el caso de algunos jóvenes que desempeñaron oficios como la carpintería, hojalatería, mecánica, electricidad y albañilería; actividades en las que se involucraron a través de la escuela (por medio de los talleres de secundaria) o de experiencias de empleo en pequeños talleres de su localidad, y con las que se identificaron creativamente al considerarlas útiles y satisfactorias; sintiendo, además, orgullo por los productos de su trabajo o por el servicio prestado. De este modo, lo que en un principio respondía a motivaciones instrumentales, con el paso del tiempo se convirtió en una actividad con la que llegaron a identificarse y comprometerse de modo más profundo.

El trabajo como medio para la independencia residencial.

Esta forma se vincula directamente con la lógica del consumo individual y comparte muchos de sus rasgos, excepto por el horizonte de planeación que está involucrado en la perspectiva temporal del sujeto. Aquí se privilegia la obtención de un ingreso destinado al cumplimiento de un plan de más largo plazo, relacionado con la independencia económica y residencial o con un proyecto familiar o de vida: construir un cuarto propio en el terreno de la casa, reunir dinero para comprarse un “terrenito” o para casarse. Independientemente de que asistan o no a la escuela, se trata de jóvenes

solteros que ocupan una posición distinta a la de jefe de hogar, pero algunos están ya próximos a asumir los roles de la vida adulta.

Miguel Ángel ha concluido una carrera de técnico en análisis clínicos y trabaja como auxiliar en un laboratorio donde el sueldo no es muy bueno y no tiene perspectivas de estabilidad. Esta labor la combina con otras de tipo temporal, relacionadas con la construcción (albañilería y electricidad). Además de ayudar a sus padres con el gasto familiar, proyecta independizarse de la familia y emprender un proceso de vida autónoma:

Ahorita, de hecho, mi interés es seguir echándole ganas, juntar un capital y, si se dan las circunstancias, como yo le he dicho a mi papá, si tengo la oportunidad más adelante de que me pueda comprar un terreno pues, ¡qué bueno!, porque así ya voy a tener más... ¿cómo se puede decir?, ser más independiente ya... voy a tratar de tener más control en mi dinero, en mis gastos, para solventar... otros gastos que se puedan venir más adelante (Miguel Ángel, 22 años: 3840-3846).

Al igual que la categoría anterior, el vínculo con el trabajo es frágil y temporal, ya que pueden abandonarlo en cualquier momento: una vez que hayan reunido el dinero para el fin específico, por obtener otro empleo o por desagrado. Como el anterior, este significado responde, con mucha frecuencia, a iniciativas individuales.

El trabajo como apoyo a los estudios

[...] Como a los 19, 20 años, no me gustaba a mí el trabajo ya... ¡pesado!, sentí que, si no me gustaba el trabajo pesado tenía que... ¡que estudiar! [...] entonces me volví a dar nuevamente la oportunidad. Hice el examen a Comipepx (*sic*) y pues me quedé en... nuevamente en un bachillerato, pero ahora ya no bajo las costillas de mis padres sino que ya con mi responsabilidad, sino con mi esfuerzo, trabajando en la mañana y estudiando en la tarde (Enrique, 25 años: 256-264).

Para Enrique y muchos otros jóvenes pertenecientes a estos grupos socioculturales, el sentido del trabajo está relacionado con la superación individual. En el centro de esta estrategia se encuentra un proyecto, generalmente de mediano plazo, de formación escolar y profesional con vistas

a la movilidad ocupacional: el continuar estudios más allá de los básicos u obligatorios, terminar una carrera profesional que ha quedado trunca o darse una segunda oportunidad. En la mayoría de los casos se trata de iniciativas individuales debido a que las familias de los entrevistados, dada su situación económica precaria, se ven imposibilitadas para brindarles apoyo económico más allá de los estudios básicos. En ocasiones, el proyecto por mayor educación suele acometerse sin ayuda monetaria, y a veces también moral, de la familia.

Una de las condiciones más importantes que intervienen en la realización de proyectos de tal naturaleza, es la de contar con redes de apoyo material, afectivo y moral que permitan cumplir y llevar a buen término los planes. Asimismo, las características del empleo tienen un papel de primer orden en el logro de sus proyectos de superación (ubicación o cercanía con el centro educativo, horario, naturaleza de las tareas, apoyo o facilidades que otorgan los jefes, etcétera). También, cuando se trata de jóvenes casados, es determinante la ayuda del cónyuge, aunque esta condición no siempre está presente. Cuando las redes de apoyo fallan o se enfrentan a condiciones de trabajo desfavorables, el proyecto de movilidad individual corre el riesgo de fracasar ante las mayores exigencias que los niveles medios y superiores de educación imponen. En estas circunstancias, los jóvenes deciden interrumpir eventualmente sus estudios y aplazarlos en el tiempo hasta que la situación económica mejore y su contexto de vida lo permita.

Estar activo, mientras pienso qué hacer

Empecé a trabajar porque reprobé una materia de la secundaria cuando salí [...] entonces en ese año yo entré a un taller de costura y ahí fue donde me enseñaron a trabajar [...] ¡Por no estar aquí de ociosa en la casa!, o sea, yo dije ¡bueno!, pues voy a perder el año ¿no?, entonces ¡Pss de meterme a estudiar!, ¿en dónde? [...] ¡ ya habían iniciado las clases! Mi mamá me decía que me fuera a estudiar ¡belleza!, o corte y confección, enfermería ¡un año! [...] [Entonces dije:] “yo no quiero una carrera así de un año nada más...” entonces eso fue lo que... ¡me motivó!, el no estar aquí de ociosa en la casa, de floja... Y digo “bueno, voy a perder un año, yo trabajo [...] ya después me dedico a estudiar bien” (Anabel, 29 años: 561-562, 582-583, 587-594).

Se trata de una lógica de actuación laboral asociada con la necesidad de responder a obligaciones morales y normas familiares, al tiempo que se superan circunstancias liminares de vida. Es decir, obedece a una situación existencial, a un periodo de transición o un estadio de la existencia ambiguo. En varios casos los entrevistados indicaron haber trabajado para “pasar el tiempo” activamente en tanto resolvían una etapa de incertidumbre. Las situaciones más comunes son aquellas donde los jóvenes esperan las inscripciones en la escuela, el resultado de un examen de admisión o de aprobación de materias y transitarán a otro nivel educativo, un trámite administrativo o el certificado escolar.

En otros casos, se trata de momentos del curso de vida que ellos interpretan como periodos críticos de su biografía (fracasos escolares y personales, pérdidas y otras situaciones de riesgo o sufrimiento), donde eventualmente queda rota o suspendida la continuidad del curso de vida y la persona se percibe como exo-determinada, al tiempo que se produce un desorden en sus expectativas.⁶ En estos periodos de “errancia” o indeterminación, que en ocasiones suelen ser muy prolongados, el trabajo puede convertirse en una especie de asidero que les proporciona cierta seguridad y estabilidad emocional.

Este tipo de relación se da entre jóvenes solteros, hombres y mujeres, que mantienen aún lazos de dependencia material con la familia. Al quedar en suspenso o en fase liminar, utilizan este recurso de “no marginación”, que les permite mantener un estatuto y una posición –entretanto cruzan umbrales temporales– al mismo tiempo que justificar su permanencia en el hogar y evitar el peligro de encontrarse en un “vacío de rol” al no identificarse ni como estudiante, ni como trabajador. No es otra cosa más que darle continuidad al *tiempo biográfico* a través de un uso específico de ese otro *tiempo cotidiano*, ante la eventual fractura o situación de indeterminación en que el individuo ha sido colocado. También los libra del estigma de fracasado escolar, desempleado o “parásito” familiar.

Por su parte, los padres ven con muy buenos ojos el hecho de que sus hijos se involucren en una actividad productiva debido a que durante este quiebre temporal en su trayectoria quedan a merced de las influencias de las drogas, la vagancia y todos los peligros que entraña la calle y las malas compañías. La familia prevé estos “riegos sociales” y, en ocasiones, contribuye activamente a la búsqueda de oportunidades laborales para sus hijos. En este sentido el trabajo también es considerado como una forma de con-

trol o contención social ejercida hacia los jóvenes; el saber que están ocupados y que realizan una actividad estructurada por tiempos, rutinas y horarios.

Otro de sus rasgos característicos es que la actividad laboral se aprecia como una opción momentánea o temporal en su trayectoria vital debido a que, una vez resuelta la fase liminar o la situación de indeterminación o al terminar por configurar un proyecto de vida o tomar una decisión, los jóvenes abandonan o cambian de trabajo. Sin embargo, al igual que se observó anteriormente, las actividades laborales relacionadas con oficios tradicionales pueden convertirse en trabajos para toda la vida, aunque inicialmente los jóvenes hayan previsto en ellos una estancia pasajera.

La búsqueda de sociabilidad

Esta lógica de actuación en el mercado laboral aparece directamente articulada tanto con la anterior como con la que describimos sobre el consumo individual; pero en este caso el trabajo se orienta, fundamentalmente, a la búsqueda y ampliación de espacios de sociabilidad y expresión juvenil. Es decir, se trata de establecer vínculos sociales e interactuar con miembros del mismo grupo de edad: lo importante es conocer jóvenes del sexo opuesto, estar y platicar con los amigos, “cotorrear”, pasar el tiempo de modo agradable, interactuar, compartir intereses comunes, brindarse apoyos y camaradería, además de organizar actividades conjuntas con los compañeros de trabajo (torneos deportivos, excursiones, fiestas, salidas a lugares de esparcimiento o encuentro como bares y discotecas). El intercambio que se persigue es sobre todo de tipo comunicativo, expresivo, interactivo y afectivo, por lo que el obtener recursos económicos, es un fin que está subordinado al primero.

Terminé la secundaria cuando, en el periodo en el que daban los resultados [...], [me metí] a trabajar en un lavado de autos, dije... “¡no, *pus* aquí!” [...] Pasé y pregunté, ¡primero estuve viendo!... no, si no es muy difícil lavar un carro ¡y ya! [...] [Me pidieron] que llevara mi jerga, mi cubeta, ¡y... mi jabón! [...] En ese tiempo, tenía toda la tarde libre [...] Dependiendo de cuántos carros se lavaran, nos pagaban [...] [Ese trabajo] era pesado, pero [...] los amigos [...], los compañeros que trabajaban ahí, ¡no sé!, me acoplé mucho con ellos, nos divertíamos mucho todo el día [...] nos cotorreábamos entre nosotros o luego las muchachas que iban por ahí, también cotorreábamos con ellas o, sim-

plemente, el hecho de que siempre nos poníamos a jugar, entonces no se me hacía nada pesado (Juan Alberto, 29 años: 382-478, 482-500).

En esta lógica de actuación, no los mueve ningún proyecto preciso en torno al trabajo ni tampoco los vincula un compromiso expreso, por lo que pueden abandonarlo bajo cualquier pretexto y, en ocasiones, “hacer uso” flexible de horarios: “si yo quería [...] llegaba a las once o doce, pero pues ahora sí dependía de cada quien [...] y ganaba poco dinero, nada más por un carro, o no iba (Juan Alberto, 29 años). Algunos lo asocian con una forma de quitarse el aburrimiento, para no estar en casa sin hacer nada: “Pues aquí no tenía nada qué hacer, en la mañana... de flojo nada más...” (José Juan, 29 años: 392-393).

En algunos casos, en el trabajo es donde experimentan la fraternidad y lealtad de los amigos, con quienes, además, comparten tiempos y actividades extra laborales al extender su interacción a otros ámbitos y contextos relacionales como la escuela, la calle y la banda. Se trata de solteros, hombres y mujeres, que se benefician todavía de la asistencia de la familia de origen, respecto de la cual mantienen un vínculo de dependencia económica y residencial, y que continúan o no con su formación escolar. Un aspecto que comparte con el tipo anterior es que los jóvenes buscan evitar la presión social ejercida por la familia ante los miembros que no estudian ni trabajan. Asimismo, el empleo sustituye al ámbito escolar del que quedan privados en diferentes momentos en que interrumpen su trayectoria, ya sea cuando abandonan el ciclo básico obligatorio, durante los pasajes de un nivel educativo a otro, o en otras circunstancias en que permanecen al margen de la escuela o la abandonan por tiempo indefinido.

El trabajo y la formación profesional

En esta lógica de actuación, la búsqueda de formación profesional es lo que los vincula y los identifica con el trabajo; lo que no significa que experiencias de trabajo anteriores no hayan constituido fuentes de aprendizaje y satisfacción, pero aquí se trata específicamente de un aprendizaje profesional a partir de una iniciativa individual:

Me metí a servicio cuando acabé mi prepa [...], mi hora de salida era por lo regular a las once, pero a veces yo quería aprender más y mejor me quedaba a la una, a las dos... [...] Cuando yo entré dije “*ora* sí que voy a ponerme bien

porque pues [en la escuela] nada más nos enseñan a meter a veces jerin[ga]... o sea, a sacar sangre pero no bien ¿no? [...] Me ayudó mucho porque aprendí a..., a sacar sangre..., aprendí a, ora sí, lo que es mi carrera, ¿no?... Aprendí muchas cosas que nunca aprendí [en la escuela] [...] Si llegábamos tarde nos quedábamos una hora, o dos horas y le ayudábamos a los químicos porque decíamos aunque nos manden pero pues ¡así aprendemos! (Laura, 19 años: 889-890, 1034-1040, 1058-1059).

Y ya estando de mesero [...] fui a buscar otro trabajo [...] fui por toda la ciudad de México a buscar de auxiliar contable [...] A mí lo que me interesa es aprender y tener práctica [...] ya teniendo práctica en el ramo [ya puedo trabajar en] cualquier despacho que yo vea [...] es lo que me interesa [...] tener un empleo [...] en la rama de contabilidad (Enrique, 25 años: 1538-1540, 1193-1194, 1642-1649, 1682-1684).

Para formarse en el trabajo, y como podemos observar en el caso de Laura y Enrique, los jóvenes recurren a dos modalidades: La *no remunerada*, por la vía institucional de las prácticas profesionales, el servicio social o las estancias;⁷ y la *remunerada*, por medio de una búsqueda personal e iniciativa propia. Se trata de jóvenes en tránsito de la escuela al trabajo, que terminaron una carrera técnica, técnica superior o algunos años de universidad, fundamentalmente solteros.

Los jóvenes se identifican subjetivamente con el trabajo y encuentran en él un valor intrínseco y un medio de autoexpresión, por lo que, a diferencia de los tipos anteriores, no sólo constituye un fin para conseguir otros fines ajenos a la esfera laboral. La actividad es gratificante y está motivada por el aprendizaje y la búsqueda de un dominio en la especialización. Su interés se centra en aplicar, ejercer y desarrollar nuevos aprendizajes sobre la profesión y adquirir un dominio técnico, al mismo tiempo que abonar experiencia como recurso para el logro de la inserción y movilidad en el ámbito del trabajo profesional. Los pares desempeñan un papel fundamental en los procesos de aprendizaje en el trabajo, donde el conocimiento tácito constituye un saber compartido.

Por otra parte, las escasas expectativas de estabilidad en la empresa o lugar de trabajo, a mediano o largo plazos, impiden una relación estable, vinculante y de compromiso con el empleo. Es importante mencionar que en cualquier caso y, dado que se trata de iniciativas individuales que los

jóvenes emprenden recién egresados de la carrera, esta búsqueda de formación en el trabajo implica disponer de recursos monetarios adicionales para gastos de pasajes, alimentos y “presentación” (vestimenta). La manera en que resuelven esta situación es buscando otro trabajo paralelo, en el que quizás no encuentren identificación ni realización alguna, pero que les permite obtener los ingresos necesarios tanto para su supervivencia como para cubrir gastos extras. Asimismo, requiere de arreglos y negociaciones, acomodados de horarios y otras gestiones en el trabajo. En otras palabras, una y otra actividad laboral puede tener sentidos distintos, una a la otra pueden apoyarse y complementarse. Este doble esfuerzo suele verse redituado con el reconocimiento social y la satisfacción por el aprendizaje obtenido.

El trabajo y la estabilidad laboral

Mi sueño [es] dedicarme a la [contabilidad] el resto de mi vida... y otra convicción es que no quiero dejar mis días en una empresa, quiero trabajar por mi cuenta [...] Para mí, un trabajo satisfactorio es [...] que me guste; por decir, para mí satisfactorio es trabajar por mi cuenta, como lo hago ahorita, y me satisface mucho, ¿por qué?, porque yo pongo los días en que veo a mis clientes, pongo las fechas o las horas en que me siento en un escritorio a trabajar, yo limito el tiempo en que trabajo y le doy espacio a otras cosas, por decirlo así... si quiero ir a una jugada, a estar con un amigo, a venir a dar entrevistas [ríe] lo puedo hacer [...] eso sí me satisface mucho y espero seguir haciéndolo, o sea, me gustaría ¡claro!, con el tiempo, formar un despacho en el cual yo sea la jefa, que tenga a mis [auxiliares] ¡pero yo sí los trataría bien! [...] No tengo nada contra las empresas, con las fábricas [pero] como que me da fobia encerrarme [...] Sí soy estable, pero encerrada ¡no! [...] me aterra el estar en un lugar fijo, trabajando (Verónica, 27 años: 3937-3962).

Este tipo comparte las características del anterior; lo que lo distingue de aquél son las perspectivas de estabilidad, desarrollo y movilidad interna que se abren como posibilidades. También se presenta en jóvenes que terminaron una carrera técnica, técnica superior o algunos años de universidad, casados y solteros, que han desarrollado alguna trayectoria consistente en empleos calificantes o que han acumulado experiencia en un mismo tipo de ocupación. Es importante mencionar que, en varios casos, estas perspectivas de estabilidad se vinculan con trabajos por cuenta propia en algún oficio o

en “trabajos independientes de segunda generación” (Jacinto, 2004:5). Un rasgo relevante es que los jóvenes, además de identificarse con el empleo y encontrar en él satisfacción, suelen generar compromisos vinculantes con la empresa al considerarse ellos mismo parte de su tejido organizacional:

Estamos a punto de certificarnos [...] esa certificación que, aparte, pues nos va a ganar clientes y nos va a dar un mayor nombre en el sector empresarial [...] Es un área de gran responsabilidad, pero también es muy padre, [...] saber que, ¡bueno!, pues la suerte de la compañía corre en nuestras manos (Abel, 25 años: 432, 465-467, 493-495).

Encontrar un “buen ambiente”, es otra de las razones que los vincula estrechamente con la empresa:

Ahorita me siento muy contento, me siento muy bien en esta empresa [...] he logrado buenas amistades, buen ambiente de trabajo, yo creo que es una de las cosas que todos queremos ¿no?, queremos un lugar a donde uno se sienta a gusto, en donde uno se sienta bien y donde sepa uno que su trabajo sí vale ¿no?, que de algo sirve, que no es solamente un puesto más (Abel, 25 años: 586-592).

En suma, en estas dos últimas categorías de sentido se enfatiza el interés por el trabajo o la profesión misma como parte de un proyecto personal y como expresión de la persona; es decir, el trabajo es central en la construcción de la identidad. En el primer caso, más orientado a las oportunidades de desarrollo y, en este último, no sólo percibido como algo útil y satisfactorio, sino visto bajo una perspectiva de proyecto de carrera laboral y estabilidad, directamente vinculado con alguna empresa, oficio o lugar de trabajo. Lo anterior no excluye que a la actividad laboral le sean asociados otros fines de carácter instrumental.

Las grandes dimensiones de sentido que orientan la acción de los jóvenes en el trabajo

En sus reflexiones sobre la relación entre el hombre y la realidad social, diferentes autores refieren a la capacidad del ser humano para producir significados con los que da sentido a sus actos y a su entorno. En el análisis sobre el significado que los jóvenes otorgan a su actividad laboral, recurrí a la construcción de categorías-tipo que provienen de los conceptos

fundamentales de la teoría sociológica de la acción. Constituyen un auxiliar heurístico que, hasta cierto punto, nos permite aprehender el objeto de estudio y acercarnos a su comprensión. Estas categorías están inspiradas en la teoría de la acción de Weber, sobre tipos de conducta orientados a fines que interpretan las motivaciones que guían las acciones de los individuos en el marco de los procesos institucionales.

Su taxonomía distingue cuatro tipos de acciones sociales, dos de ellos racionales:

- 1) *racional con arreglo a fines*: determinada por expectativas en el comportamiento tanto de objetos del mundo exterior como de otros hombres, y utilizando estas expectativas como “condiciones” o “medios” para el logro de fines propios racionalmente sopesados y perseguidos;⁸
- 2) *racional con arreglo a valores*: determinada por la creencia consciente en el valor -ético, estético, religioso o cualquier otra forma que se le interprete - propio y absoluto de una determinada conducta, sin relación alguna con el resultado, o sea puramente en méritos de este valor;
- 3) *afectiva*, especialmente emotiva, determinada por afectos y estados sentimentales actuales, y
- 4) *tradicional*: determinada por una costumbre arraigada (Weber, 1922:20).

De acuerdo con la taxonomía propuesta por Weber, las nueve categorías de sentido que fueron identificadas en el proceso de análisis y que acabamos de presentar, pueden agruparse en cuatro grandes dimensiones, con sus modalidades respectivas, tal y como se puede apreciar en el esquema 2.

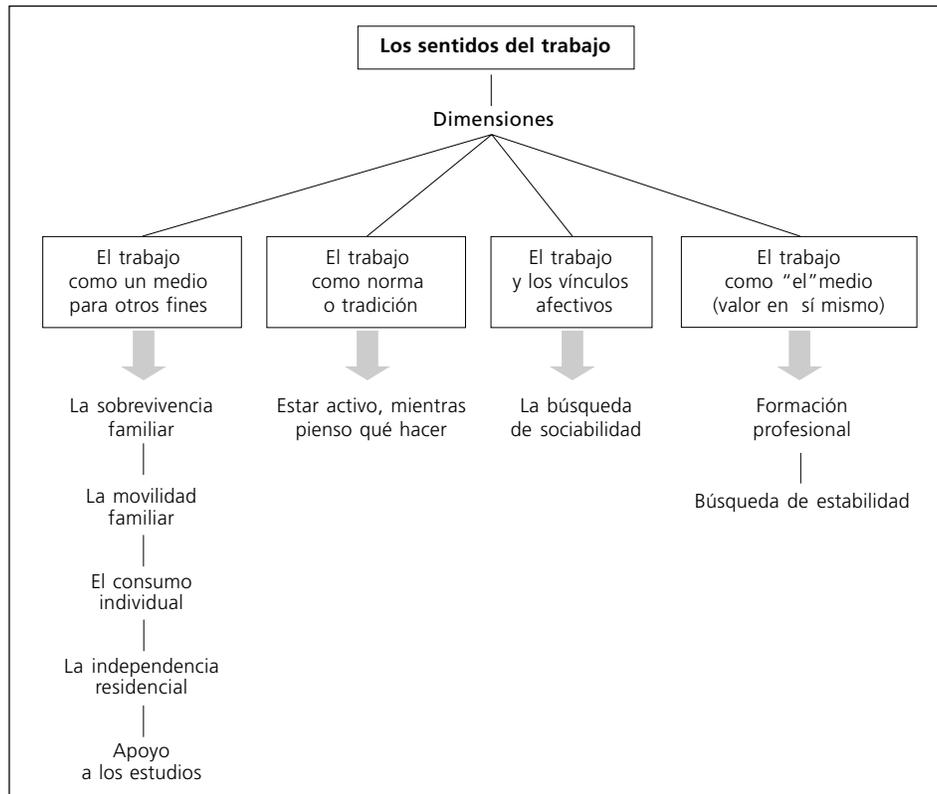
Como mostré anteriormente con el caso de Enrique, los sentidos que este grupo de jóvenes atribuyen a su actividad laboral presentan diversidad y matices variados, al tiempo que se encuentran articulados de modos distintos, proyectando así la complejidad de las formas en que los jóvenes construyen su relación con el trabajo en diferentes etapas del curso de vida.

En el análisis de los casos empíricos, el uso de tipologías responde al propósito de dar cuenta de las formas comunes en que un grupo de jóvenes percibe al mundo del trabajo y se relaciona con él. Se trata de tipos que no se presentan en la realidad de un modo “puro”; antes bien, muestran combinaciones distintas o enlaces particulares en cada caso, al tiempo que simultaneidad; y que, sin pretender ser los únicos, contribuyen a dar cuenta de los sentidos que los propios actores juveniles atribuyen a sus prácticas. Al mismo tiempo, permiten descubrir las lógicas que definen su

actuación en el ámbito laboral y el uso estratégico que, en sus propios contextos, hacen de la misma en la realización de otros papeles sociales en diferentes campos de acción o mundos relacionales (familia, escuela, barrio y pares) que van cobrando importancia a lo largo del *curso de vida*⁹ (hijo o hija de familia, estudiante, joven, esposo/esposa, profesionista, trabajador) y en los que se ponen de relieve distintos pasajes y transiciones. Asimismo, están inscritos en el marco de las oportunidades abiertas por la estructura ocupacional y la oferta laboral de la que disponen en su medio social; de modo que, sin obviar la existencia de condiciones adversas en que enfrentan su entrada al mundo del trabajo, se ha intentado poner de relieve la faceta activa y competente de su actuación dentro de este mundo de experiencia.

ESQUEMA 2

Los sentidos del trabajo



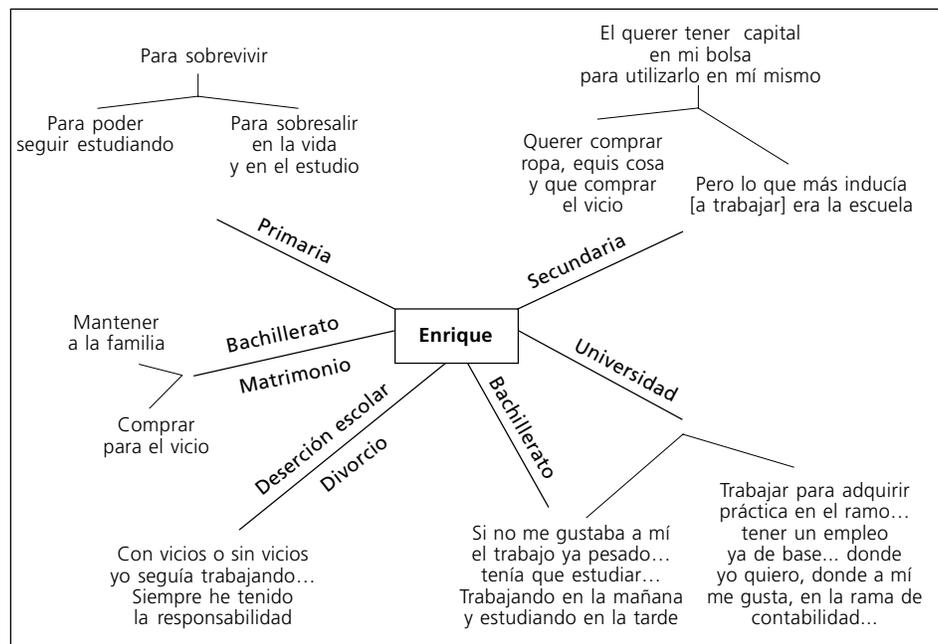
Los sentidos del trabajo en la dinámica temporal

Desde el análisis de la dimensión temporal fue posible vislumbrar cómo el sentido que los jóvenes otorgan a sus vínculos con el trabajo parecen modificarse a lo largo de sus trayectorias, al tiempo que van planteando configuraciones que articulan de manera particular orientaciones de tipo *extrínseco* e *intrínseco* respecto de la esfera laboral.

Si retomamos el caso de Enrique podremos apreciar que, en las primeras etapas de su vida, su actividad laboral está orientada de modo extrínseco respondiendo a prioridades de consumo individual y apoyo a los estudios; posteriormente, será fundamental en la reproducción del grupo familiar recién constituido; y más tarde, en su etapa de crisis, el trabajo constituirá un espacio de contención o refugio, para luego convertirse en un instrumento que dará soporte material a la realización de su proyecto de superación escolar, con el que logrará darle continuidad a su biografía y, posteriormente, convertirse en un proyecto de aprendizaje en el que fincará su identidad profesional y futura estabilidad (esquema 3).

ESQUEMA 3

El caso de Enrique (bis)



En términos generales pueden distinguirse dos esquemas básicos de actuación en el mercado de trabajo, mismos que, a su vez, asumen modalidades particulares.

El primer esquema corresponde a aquellos jóvenes que se insertan al mercado de trabajo bajo una orientación *extrínseca*, ubicada fuera de la esfera laboral. Aquí me refiero a las distintas modalidades agrupadas bajo la dimensión correspondiente al *trabajo como un medio para otros fines*. Hablamos de *etapas tempranas* y de lógicas individuales centradas, fundamentalmente, en el consumo, o bien, de estrategias grupales relacionadas con la reproducción y movilidad del grupo familiar. Asimismo, su actuación laboral responde a otras orientaciones extrínsecas, referidas bajo las dimensiones de: *el trabajo como norma o tradición* y *el trabajo y los vínculos afectivos*. Es decir, está fuertemente articulada con la sociabilidad y la búsqueda de vínculos amicales y afectivos, al tiempo que la actividad laboral funciona como “refugio” o espacio de contención social en diversas situaciones o contextos de vida, marcados por la indefinición o la inestabilidad, donde es necesario mantener una continuidad identitaria y biográfica que ha sido trastocada por vacíos de rol, o bien, debido a crisis personales que les impiden proyectarse en el futuro.

Las anteriores lógicas constituyen actuaciones orientadas fuera de la esfera laboral, con las que se pretende mejorar una posición o un rol en otro ámbito relacional (familia, escuela y pares) o poder expresarse en otros ámbitos o terrenos en donde los sujetos se sienten más identificados o, en términos de Berger, Berger y Keller (1979), donde su identidad social tiene mayor relevancia. Particularmente en *etapas intermedias*, las perspectivas de actuación laboral aparecen asociadas con una lógica estratégica comandada por proyectos de tipo profesional, laboral y familiar de mediano y largo plazos; en las que el vínculo subjetivo con el trabajo se vuelve más sólido, con un horizonte temporal más amplio y un mayor compromiso con la actividad laboral.

El segundo esquema de actuación se relaciona con jóvenes que desarrollan una orientación de tipo intrínseco respecto de la actividad laboral. Aquí me refiero a la dimensión correspondiente al *trabajo como “el” medio o como valor en sí mismo*. Se trata de individuos que se encuentran en *etapas intermedias* de sus vidas, pero involucra también a jóvenes que ya han adquirido —o están a punto de hacerlo— responsabilidades *adultas* (*etapa pre-adulta*). Son aquellos que cuentan con una trayectoria laboral más larga,

en sectores y empleos más o menos homogéneos y a partir de los cuales han adquirido y sedimentando un capital formativo en forma de experiencias y calificaciones que, al combinarse con otros recursos formativos y de tipo social (aprendizaje formal y conformación de redes sociales, capital social), disponen de un horizonte más amplio de calificaciones, de experiencia y de posibilidades de negociación individual dentro de la empresa, al mismo tiempo que les resulta subjetivamente más viable la identificación con el trabajo, al que perciben como un ámbito de realización personal y profesional.

Consideraciones finales

A partir de la panorámica expuesta y en coincidencia con Longo (2003), podríamos afirmar que para los jóvenes el trabajo constituye un aspecto central en la construcción de su identidad debido a que su incorporación a la actividad productiva es la clave de acceso a lo que todos ellos aspiran: el acceso a bienes de consumo, el matrimonio, la familia propia, la paternidad, el departamento o la casa propia. Pero también es la clave para otras cuestiones que tienen que ver con el desarrollo de su independencia y autonomía: el esfuerzo propio, la educación, la formación y el aprendizaje, las responsabilidades, el sentimiento de “*ser alguien*” porque “*luego no es uno nadie, nada*”, el establecer vínculos y sentidos de pertenencia, el acceso a estilos de vida distintos, al bienestar personal y familiar, el acceso a una vida mejor, a la realización de uno mismo y la felicidad. Es decir, no sólo se trata de obtener dinero y recursos, sino quizás y de modo más profundo, como plantean Bernard y Glasman (1998:24): de lo que se trata es de “una forma de relación con el mundo, con los otros y consigo mismo”.

Lo anterior, nos permite afirmar que, a diferencia de otros análisis que advierten riesgos en el descentramiento del trabajo como eje de la organización personal –debido a que se ha visto desdibujado como eje de la organización personal al poner el énfasis en su valor utilitario (Pérez y Urteaga, 2001; Suárez, 2002 cit. en Jacinto, 2004)– el trabajo sigue siendo central en los procesos de autonomía y constitución de las identidades sociales juveniles.

Por otra parte, nos permite enriquecer otros análisis que ven en el trabajo un mundo amplio de sentido para los jóvenes, que no se reduce a la necesidad o la sobrevivencia o al fin expreso del consumo, sino que se ex-

tiende a otros “ámbitos de sentido” como el *aprendizaje, la experiencia profesional* o a razones de tipo *personal (independencia, compromiso)* (Guzmán, 2004) e, incluso, a otras aportaciones que ven, desde la cuestión ética, cómo en las representaciones de los jóvenes el trabajo se amplía a la ética de la realización personal, de la obligación moral y de la utilidad social (Cogliati *et al.*, 2000). Al colocarse desde la mirada del sujeto, es posible advertir y relevar el lado social del trabajo; es observar, desde el lado de la oferta, el significado social que puede asumir el trabajo y apreciar esta significatividad más allá de la dimensión económica en la que suele instalarse.

Notas

¹ La investigación de referencia es una tesis de doctorado titulada: “Transiciones juveniles: familia-escuela-trabajo. La transición a la vida laboral y productiva de jóvenes de sectores urbanos de la ciudad de México”, que dirige el doctor Eduardo Weiss Horz, Departamento de Investigaciones Educativas del Centro de Investigaciones y de Estudios Avanzados-IPN.

² Algunos de los entrevistados rebasarán este rango de edad, por el hecho de haber seguido trayectorias escolares fragmentadas.

³ Los datos anteriores constituyen parte de los hallazgos derivados de la investigación más general y aquí sólo se presentan de modo sintético para acercar al lector al contexto del grupo de jóvenes entrevistados.

⁴ A partir de aquí y cuando se trata de las voces de los jóvenes, los números entre paréntesis corresponden a los renglones de la transcripción de cada entrevista. Asimismo, se hará referencia al nombre de quien aportó el relato y su edad.

⁵ En la presentación de cada tipo no se muestra la frecuencia o recurrencia entre los casos, debido a que los jóvenes no se seleccionaron con criterios de una muestra estadística; además, porque en un mismo caso se presentan varios de los tipos, y el número de tipos de sentido por caso depende de muchos factores, sobre todo de la edad, que es variable entre mis casos. Por otra parte, la intención es describir las formas en que los jóvenes se relacionan con el mundo del trabajo y descubrir las lógicas que definen sus prácticas en este ámbito.

⁶ Esto podría ser equivalente a lo que Riemann y Schütze (1991), denominan un *patrón de sufrimiento biográfico*, es decir, una *trayectoria*. Cuando este orden de la vida se rompe por la emergencia de un *proceso de sufrimiento biográfico* se produce una alienación masiva del yo, una orientación condicionada de la mente y una exo-determinación de la acción.

⁷ En varios casos, los jóvenes significan su experiencia en el servicio social, las prácticas profesionales o las estancias como “su primer trabajo” y como una vía de iniciación a la vida profesional.

⁸ La primera de estas categorías –también denominada acción teleológica– ha sido interpretada por muchos autores, entre ellos Habermas quien, además de distinguir la acción estratégica de la acción instrumental, propone la acción orientada por normas (cercana a la tradicional), la dramaturgica, orientada hacia la expresión, y la comunicativa, enfocada en la comprensión mutua (Habermas, 1981: 122-146).

⁹ El concepto de *curso de vida* refiere a una institución social, consistente en una serie de patrones y mecanismos que regulan la extensión temporal de la vida. Sin embargo, como consecuencia de los cambios socioculturales ocurridos en las sociedades contemporáneas, este curso de vida se ha visto alterado en su relación con la subjetividad individual, de modo que los patrones sociales legitimados se han flexibilizado y pluralizado (Gleizer, 1997; Giddens, 1991; Berger, Berger y Kellner 1979).

Referencias bibliográficas

- Barman, Z. (1999). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*, serie: CLA. DE. MA. Sociología, Barcelona: Gedisa.
- Beck, U. (1997). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, col. Estado y Sociedad, 58, Barcelona: Paidós.
- Berger, P. y T. Luckmann (1968). *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Berger, P.; B. Berger y H. Kellner (1979). *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*, Barcelona: Sal Terrae
- Bernard, Ch. y D. Glasman (dir.) (1998). *Les jeunes, l'insertion, l'emploi*, Éducation et Formation. Biennales de l'éducation, París: PUF.
- Bertaux, D. (1997). *Les récits de vie*, París: Nathan.
- Bertaux, D. y M. Kholi (1984). "The life story approach: A continental view", *Annual Review of Sociology* 10, pp. 215-370.
- Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*, Madrid: Taurus.
- Cogliati, C. et al. (2000). "El trabajo de los jóvenes. La construcción de la identidad social", *Jóvenes. Revista de estudios sobre juventud* (México), año 4, núm. 12, julio-diciembre, pp. 44-57.
- Contreras, O. (2000). *Empresas globales, actores locales: producción flexible y aprendizaje industrial en las maquiladoras*, México: El Colegio de México.
- De Ibarrola, M. (1998). *La formación de los jóvenes no universitarios para el trabajo en el desarrollo regional de México*, proyecto CONACyT (mimeo).
- García, B. y O. De Oliveira (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México: Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano-Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México.
- García, D. (1998). "Jóvenes en las estructuras: cultura, educación, familia y política", en Hunermann, P. y Eckholt (eds.) *La juventud latinoamericana en los procesos de globalización. Opción por los jóvenes*, Buenos Aires: ICALA/FLACSO/EUDEBA.
- Giddens, A. (1984). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Giddens, A. (1991). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Península.
- Gleizer, S. (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, México: FLACSO/Juan Pablos Editor.
- Guzmán, C. (2004). *Entre el estudio y el trabajo. La situación y las búsquedas de los estudiantes de la unam que trabajan*. México: CRIM-UNAM.
- Habermas, J. (1981). *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, col. Humanidades, Madrid: Taurus.
- Jacinto, C. (2004). "Ante la polarización de oportunidades laborales de los jóvenes en América Latina. Un análisis de algunas propuestas recientes en la formación para el trabajo", *Gacetilla Electrónica RedEtis*, abril.
- Llomovatte, S. (1991). *Adolescentes. Entre la escuela y el trabajo*, serie FLACSO, Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Longo, M. (2003). "Representaciones sociales en torno al trabajo e identidad en varones pobres", ponencia presentada en el IV Congreso Internacional de Sociología del Trabajo: La Habana.
- Pérez, J. A. y M. Urteaga (2001). "Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo", en Pieck, E. *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, México: UIA/IMJ/UNICEF/Cinterfor-OIT, RET/Conalep, pp. 333-354.
- Riemann, G. y F. Schütze (1991). "'Trajectory' as a basic theoretical concept for analyzing suffering and disorderly social process", en Maines, D. R. (ed.) *Social organization and social process. Essays in honor of Anselm Strauss*, New Cork: Aldine de Gruyter, pp. 333-357.
- Rivero, J. (1999). *Educación y exclusión en América Latina. Reformas en tiempos de globalización*, col. Educación, crítica y debate, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Schütz, A. (1932). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*, col. Básica, 67, Barcelona: Paidós (Trad. al castellano 1993).
- Touraine, A. et al. (1988). *¿Qué empleo para los jóvenes? Hacia estrategias innovadoras*, col. Ciencias Sociales, serie Sociología, Madrid: UNESCO/ Tecnos.
- Touraine, A. (1997). *¿Podremos vivir juntos? La discusión pendiente: El destino del hombre en la aldea global*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1922). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México: Fondo de Cultura Económica (trad. al castellano 1944).

Artículo recibido: 3 de noviembre de 2004

Aceptado: 23 de febrero de 2005